

tiempos de la antigua civilización. Bajo los árboles del bosque de Boulogne, sobre sus verdes praderas, por la avenida que se llama del Grande Ejército, por la inmensa calle de los Campos Elíseos, por la plaza de la Concordia y á la vista del Cuerpo Legislativo y de las Tullerías, por la calle de Rívoli que recuerda en su nombre las costosas glorias de la guerra, por la plaza de la Bastilla y el boulevard de Magenta, cincuenta mil prusia-

nos han pasado dejando las señales inextinguibles de esta tercera invasión traída por el tercer Bonaparte. Los parisienses se han retirado de rabia. Una parte de la guardia nacional ha querido, tomando los cañones que á mano habia, ir al bosque de Boulogne y trabar allí una pelea inútil con los vencedores. Por fin, los consejos de la prudencia han prevalecido y París devoró también esta grande afrenta.

## CAPITULO LXXXV.

### LA ASAMBLEA Y LA PAZ.

Era necesario llevar el tratado á la Asamblea soberana. En tanto que no se verificase, los prusianos ocupaban la gran ciudad mártir de la patria.

Thiers corre á Burdeos y deja á Favre en París. La fatalidad, que persigue á la desgraciada nación, detiene en el camino el tren, que sufre ligero choque.

Mientras tanto la nueva capital de Francia se entrega ya á esperanzas consoladoras, ya á tristísima desesperación. Unas veces cree que Inglaterra influye en su favor; que el príncipe heredero de Prusia repugna un legado de guerras; que Bismark se contentará con la neutralización de los territorios fronterizos, que será salvada la integridad de Francia, que el génio de la gran nación ha desarmado á sus más crueles enemigos. Otras veces cree que todo está perdido, que es necesario entregar la Alsacia y la Lorena enteras, que la indemnización sube á cantidades fabulosas, que el dolor de Francia y su martirio no tiene igual, que ha sonado en el reló de los tiempos la última hora de la amada patria.

B.

Son las doce del día primero de Marzo. La Asamblea está henchida de diputados; las tribunas henchidas de gente. En todos los rostros se pinta la ansiedad más viva. Thiers, sin quitarse el polvo del camino, corre á la Asamblea. Oyese el redoble del tambor que tiene algo de fúnebre y un estremecimiento glacial corre por todo aquel gran cuerpo político. Los diputados de Alsacia reunidos á un extremo del salón, hablan gesticulando como si quisieran por últimos esfuerzos salvar su patria amenazada. Me recuerdan esos infelices hijos que verán á su madre en la agonía cual si quisieran con su aliento infundirle nuevo espíritu, nueva vida.

Thiers sube á la tribuna llevando el fatal protocolo en las manos. En su rostro se retrata el desaliento. En sus ideas el dolor y el desorden. Faltábale voz. Medio desvanecido, desmayado, baja de la tribuna y se encierra en el salón de conferencias. Víctor Lefranc es el encargado de relatar, en nombre de la comisión que acompañara á los ministros, las terribles condiciones de la paz.

Cuando habla de la pérdida de Estrasburgo, de Metz, un grito de indignación sale de todos los corazones. Cuando enumera los miles de millones óyese una carcajada sarcástica. La ocupación indefinida de las tropas prusianas, ejerciendo una tutela sobre las autoridades francesas, promueve estallidos de ira. La izquierda que lleva la expresión de todos estos grandes sentimientos, en realidad expresa las ideas capitales de Francia; pero ideas irrealizables, porque toda la sangre de la nación se le ha escapado por las heridas, y todo el espíritu se le ha podrido en la servidumbre. Es necesario que se rehabilite por las instituciones democráticas y que se eduque y se vigorice en la República.

Edgardo Quinet ocupa la tribuna. Es sin duda uno de los escritores más ilustres que en sus gloriosos anales cuenta Francia. Revisiéndolas de estilo encantador ha divulgado ideas de justicia y de libertad en nuestra generación.

Pero Quinet no es orador. Le falta facilidad de palabras, entonación, voz, inspiraciones del momento, esas inspiraciones que destilan los cortes de su pluma mojada siempre en todos los colores del iris. Su discurso, breve, porque los instantes eran supremos, se redujo a pintar lo amenazadora que será para Francia esa ocupación de sus fronteras, y lo fácil que será para Alemania dirigirse desde el Sena al Marne y desde el Marne al Sena.

Indignado por estas reflexiones Bamberger, representante de Alsacia, sube a la tribuna. Su voz está trémula, sus nervios crispados, sus ojos furiosos, su palabra envuelta en acentos de ira. Rechazo, exclama, esa paz que es nuestra muerte, y que sólo un hombre podría firmar en Francia, el hombre funestísimo que se llama Napoleón III, cuyo apellido quedará expuesto a las maldiciones de todos los tiempos en la picota de la Historia.

Conti, un amigo antiguo, un cortesano del Imperio acepta valerosamente el reto, y sube

a la tribuna. Mala es su causa, pero hay valor moral en defenderla, cuando las cóleras del cielo y de la tierra contra ella se conjuran. Y no solamente defiende la indefensible causa bonapartista, sino que increpa a los diputados que le han atribuido los horrores de la guerra y los terribles sacrificios de la paz.

Cuando todavía los vapores de la sangre corren por los aires; cuando humean los incendios; cuando París no se ha repuesto del hambre y de la peste; cuando millares de cadáveres han caído sobre la tierra, y millones de cuervos han venido al festín de carne cruda, proporcionado a su voracidad por la ambición de Napoleón el chico; defenderlo, compararlo, lanzar sobre otras frentes la responsabilidad de sus errores y de sus vicios, era una audacia tal, que bien merecía el coro de furiosos improperios con que la recibió toda la Cámara.

Mr. Fargot sube a la tribuna y expresa el pensamiento general, deponiendo solemnemente a Napoleón y su dinastía del trono, y declarándole responsable de la desmembración del territorio. Conti, Fasini, dos diputados corsos, protestan, diciendo que el pueblo levantó el Imperio, y sólo el pueblo puede derrocarlo. No sois, exclaman, los dos diputados bonapartistas una Asamblea constituyente. Pero somos, dice Thiers, una Asamblea soberana.

La proposición es votada casi por unanimidad, en medio de aplausos, vivas, exclamaciones, que prueban el tardío, pero intenso horror esparcido por toda Francia, al siniestro recuerdo del déspota, que no contento con haberla envilecido interiormente, la ha entregado, atada de pies y manos, a las plagas de las invasiones y a los odios de la dominación extranjera.

Víctor Hugo habla después: Víctor Hugo es un siglo. En su espaciosa frente el espíritu poético de nuestra edad centellea. Se necesita subir con el pensamiento hasta Prometeo, para encontrar un gigante que haya luchado

a brazo partido como él con la realidad y haya como él acercado el cielo a la tierra. En su palabra hay esas fórmulas concisas, esas antítesis atrevidas, esas inspiraciones súbitas, esas imágenes ciclopeas, que hacen de su estilo algo semejante, por lo hiperbólico y por lo sublime, al genio escultórico de Miguel Ángel. Pero su imaginación le arrastra a decir cuándo Francia va a perder la Alsacia por el maldito derecho de conquista, que en lo porvenir Francia conquistará a Coblenza, a Maguncia y a Colonia. Estas palabras suscitan una protesta general que llega hasta la izquierda. No, no debe evocarse el espectáculo de la conquista.

Los honores de la sesión pertenecieron a Luis Blanc. Conciso, severo, hábil, elocuente, su palabra resonó con grande resonancia en la Cámara. Imputó la guerra, no sólo a la ambición del Emperador de los franceses, sino a la perversidad del Emperador de los alemanes.

Imprecó duramente a toda Europa que ha olvidado los principios de justicia, la solidaridad de ideas y de intereses, entre los pueblos para encerrarse en durísimo egoísmo, del cual jamás la absolverá la historia. En concepto de Luis Blanc la paz no es otra cosa que una nueva declaración de guerra, una nube de cóleras y de venganzas, tomada en el alma tempestuosa de una Europa, sólo apercibida a los combates. Esa separación violenta de Alsacia y de Lorena sujeta al pueblo francés por mucho tiempo a la condición de pueblo guerrero en vez de pueblo trabajador. Antes que esa paz, por tanto, la guerra de exterminio; la guerra a todo trance. El ejemplo de España es eterno. La nación estaba en la mayor decadencia; pero tenía su antiguo valor y todo el empuje de su deseo. El enemigo de su independencia aparecía más fuerte que el enemigo de la independencia de Francia, porque se llama Napoleón. Y sin embargo fatigó, desangró, postró al gigante y dió tiempo al mundo para sacudirse el ominoso

yugo. Mas no obrara tal maravilla si cada español no fuera un soldado, cada risco una fortaleza, cada campiña un campo de batalla, cada ciudad una nueva Numancia, cada fragmento de hierro una lanza de combate, y cada esfuerzo el comienzo de otros mayores hasta el punto de no haber posibilidad alguna de someter a la nación sin esclavizar a todos sus hijos. Francia podía aun hallar en su desesperación supremos recursos, y en estos recursos la derrota de sus crueles enemigos. Pero a todas estas evocaciones de la elocuencia oponía Thiers una pregunta sencilla y con Thiers toda la Cámara. ¿Medios? ¿Medios? ¿Medios?

Muchas frases elocuentes, muchísimas se dijeron a la verdad en aquel solemnisimo debate.

*Mr. Milliere:* «Protesto contra el pretendido tratado, que nos imponen, y reivindicó para mi patria el derecho de rasgarlo así que pueda.»

*Mr. Georges:* Yo represento los Vosgos; y ofrezco a Francia toda la sangre que aun queda en las venas de sus hijos.

*Mr. Changarnier:* No se mata así a un pueblo. Napoleón I quiso destruir a Prusia. Y hoy pagamos el crimen de Napoleón I.

Pero el discurso por excelencia fué el discurso de Keller, diputado por Alsacia.— «Aquel que debía hablar en esta hora solemne, dijo, el alcalde de Strasburgo, el decano de nuestra diputación, está espirando de tristeza, de pena; y su agonía es el más elocuente de todos los discursos. (*Movimiento.*) Nuestro honor queda entero; para ser franceses hemos hecho toda suerte de sacrificios, y estamos dispuestos a hacerlos todavía. Queremos ser franceses y estamos resueltos a continuar siendo franceses. Y no habrá en el mundo quien pueda impedirlo, ni la firma de Prusia ni el voto de esta Asamblea. La Alsacia es una nave, y cedéis la madera, el hierro, y el alma de los marineros. Al estado a que hemos venido no pretendo cambiar las

disposiciones demasiado decididas y resueltas de los ánimos; me levanto, al dejar este recinto, á protestar, como alsaciano y como francés, contra un tratado que á mis ojos es una injusticia, una mentira, una deshonra; y si la Asamblea lo ratifica, de antemano apelo á Dios, vengador de las causas justas; apelo á la posteridad, juez de unos y de otros; apelo á todos los pueblos que no pueden consentir en ser objetos de compra-venta como hatos de ganados; apelo á la espada de todos los hombres de corazón que rasgará ese ignominioso tratado.»

El presidente del Poder Ejecutivo, monsieur Thiers, sube á la tribuna y da de manes á boca con el diputado alsaciano.—«Dadnos medios,» le dijo. Keller se calló. Y Thiers añadió:—«Pues si no hay medios, ¿á que vienen esas palabras?»—Thiers presenta la situación de Francia, y muchas veces, en el trascurso de la oración, los sollozos ahogan su voz, las lágrimas velan sus ojos. Francia ha perdido toda organización: los soldados no tienen oficiales, todos presos; de ciento veinte regimientos que había al comenzar la guerra, ciento diez y seis se encuentran desgraciadamente en manos del enemigo. La guerra de exterminio, la guerra á cuchillo, la misma guerra española necesita apoyarse en alguna organización. ¿Dónde está, dónde, esa organización?—Renunciemos á las palabras, y

vengamos á los hechos. «Yo he presentado las consideraciones de lo porvenir, los ódios implacables que iban á encenderse en el corazón de un gran pueblo; pero, triste es decirlo, señores; la victoria no es más sensata que la derrota.»

Pero no había remedio. Era necesario consumir el sacrificio. La separación de la Alsacia y la Lorena estaba materialmente hecha desde el día en que cayeron á los piés de las legiones alemanas Strasburgo incendiada, y Metz rendida. Para tenerlas era preciso reconquistarlas. Y para reconquistarlas una fuerza material que no se ganaba ni podía ganarse con protestas morales. Francia caía por haber pecado mucho contra su Dios, contra la libertad y la justicia. Se necesitaba emplear el lenguaje de los antiguos profetas para describir la abdicación de la moderna Sibila de las naciones. Ella, que había encendido la llama de la verdadera inspiración en nuestras frentes; ella, que nos había dado el verbo verdadero de la moderna libertad; por algunos días de goce, por algunas horas de reposo ¡ay! se entregó al dictador, y entregándose al dictador, cayó en el sueño de la más grosera sensualidad para despertarse en brazos de la muerte. No puede, no, romperse impunemente la ley del derecho; no puede, no, faltarse impunemente al númen de la justicia.

## CAPITULO LXXXVI.

### PRECEDENTES DE LA REVOLUCION DE LOS COMUNEROS.

Desde el momento en que el sitio de París y la campaña para levantarlo se tornaron fatalmente en una serie de contrariedades y derrotas, considerable parte de la fracción republicana avanzada volvió sus ojos á la fórmula de una comunidad revolucionaria de París, encargada de dirigir la capital como en los días más terribles y supremos de la antigua Convención. Para examinar las manifestaciones de este pensamiento no hay como leer las crónicas de los clubs, redactadas por escritores veraces y diligentes como el cronista del *Diario de los Debates*. Demos de todo ello una reseña para conocer el movimiento de la opinión y los anuncios de las revoluciones comuneras. Es una de las reuniones principales del partido avanzado, el club de la República, que se celebra en la calle de Cadet. Dejemos hablar á los mismos oradores.

*El ciudadano Cremieux:* Propongo que se forme una legión del silencio compuesta de guardias nacionales armados de puñales y pistolas que deberian ir á tres pasos de los com-

batientes, teniendo el cargo de recoger los heridos, reemplazarlos sobre el campo de batalla, y matar á tiros y á puñaladas á los vacilantes, á los cobardes y á los fugitivos.

La proposición es rechazada por unanimidad.

*El ciudadano Chabert:* Hablemos de la reconstitución de Polonia y de los consejos de familia.

*Otro ciudadano:* Señores, cuando las bombas caen hasta sobre la cúpula del Pantheon, ¿nos vamos á ocupar en una cuestión de derecho civil como los consejos de familia? Hablemos de la Comunidad revolucionaria de París y de la defensa nacional.

*Otro ciudadano:* ¿Qué quiere decir eso de la Comunidad revolucionaria? Aquí todo se arregla con frases. Lo conveniente es no debilitar al poder para que ocurra á la defensa. (Rumores.)

*El ciudadano Morel:* Nos ha perdido el gobierno con sus ilusiones ópticas, estamos en la mayor desesperación. Ha mandado á pro-